



Federación Internacional de Fe y Alegría
Movimiento de Educación Popular Integral
y Promoción Social

Consejo de Directores Nacionales

Quito, 30 de abril al 2 de mayo de 2003

Aportes para la reflexión sobre la espiritualidad de Fe y Alegría

(Papel de Trabajo)

Este papel de trabajo recoge los insumos enviados por las oficinas nacionales de varios países y los provenientes de varios sitios de Venezuela. Se realizó teniendo presente las siguientes preguntas:

- a) ¿Qué significa que Fe y Alegría, como Movimiento de Educación Popular, nace y es impulsado por la vivencia de la fe cristiana?
- b) ¿Cuáles son los elementos de espiritualidad que sustentan esta convicción en Fe y Alegría?
- c) ¿Qué implicaciones se derivan de esa espiritualidad en nuestra manera de vivir la opción por los pobres, el compromiso evangelizador y el compromiso por la justicia?

I. ¿Qué significa que Fe y Alegría, como Movimiento de Educación Popular, nace y es impulsado por la vivencia de la fe cristiana?

Nacer y ser impulsado por la vivencia de Fe Cristiana implica un perfil esencialmente cristiano, es decir, cimentado e inspirado en la persona de Jesús. Por eso significa tener fe, creer y hacerlo desde una experiencia comunitaria - eclesial. De hecho Fe y Alegría nace de una exigencia del Espíritu en la Iglesia que luego se hará patente en el Concilio Vaticano II, Medellín y Puebla: abrirse a las necesidades del mundo y la historia, y asumir las opciones de Jesús. Cristo trabajó, vivió y compartió con los más necesitados, con quienes eran rechazados por una sociedad injusta, por eso para ser fiel a ese impulso del Espíritu, Fe y Alegría tiene que hacer constantemente una opción por los pobres, desde los pobres y para los pobres, quienes son su razón de ser.

Fe y Alegría está llamada a vivir sus raíces evangélicas desde la renovada acción del Espíritu que mueve a dar respuestas dinámicas y novedosas a las cambiantes situaciones que vive el mundo. Es querer responder a ese gran amor e invitación de Dios, haciendo de la educación, la organización y la comunicación medios de evangelización, de lucha por lograr unas condiciones dignas de vida para todos, de humanizarnos y hermanarnos.

Significa vivir apasionados por el reinado de Dios desde nuestro quehacer diario

Es tener una actitud de continua conversión que nos permita cuestionar nuestro ser y hacer a la luz del Evangelio. Para esto nos tenemos que preguntar constantemente ¿dónde estamos? ¿cómo estamos? ¿para qué estamos? Es querer ser fiel a ese acto de amor (Abraham Reyes) que estuvo en nuestros orígenes, nos marca e invita a responder de igual manera en el día a día.

Es empeñarnos por brindar la mejor de las educaciones a nuestros alumnos acercándonos a la excelencia en lo social (convivir - sentido ciudadano), excelencia académica (saber – hacer: herramientas del conocimiento), excelencia personal (ser: valores humanos cristianos). Por eso tenemos que recordar: *“No queremos una pobre educación para los pobres, sino la mejor educación”*.

En unos tiempos cuando abundan las propuestas religiosas, se desvanecen los contenidos y las palabras se prestan para cualquier significado, incluso para no decir nada, consideramos necesario dar razón de nuestra fe, comunicar y compartir lo que nosotros pensamos, creemos, deseamos e intentamos vivir.

1. Una fe que hemos recibido de nuestros fundadores.

Los hombres y mujeres que fundaron nuestro movimiento, experimentaron ese encuentro personal con Jesús de Nazaret, que de uno u otro modo tocó a la puerta (Ap. 3, 20) y provocó una respuesta. Para el P. Vélaz y los estudiantes de la universidad fue una experiencia de fe que los llevó al pobre, a encontrarse con su realidad y preguntarse "¿Qué puedo hacer por ellos?" Desde esa fe, en los pobres descubren el rostro de Dios.

Fue un salir de sí, moverse de su lugar, ponerse en movimiento, dejar el reducido mundito de lo propio y seguro. Y, de esa manera, acudir al encuentro del hermano, reconocerlo y ponerse a su servicio.

No llevaron respuestas hechas y sabidas; lo primero fue la pregunta: ¿qué podemos hacer por ellos? La realidad los impactó e interpeló personalmente. Dejaron a un lado los grandes discursos para entrar en lo concreto, indagar por el aporte propio ante esa situación. Había que buscar, elegir, encontrar o crear la respuesta más adecuada a la situación. No bastaban las buenas intenciones; era necesario que la respuesta fuese efectiva y organizada.

Y, por otra parte, está la respuesta generosa de Abrahán Reyes: él confió, apostó por esa iniciativa y puso algo más que un grano de arena: esto soy, esto tengo, esto sé... Aquí estoy.

Es, pues, una fe que lleva al encuentro interpersonal en torno a una causa noble: los que venían de fuera del barrio con el que ahí vive, poniendo ambos lo mejor de sí para conseguir el bienestar de quienes no se podían valer por sí mismos, los niños.

De ahí podemos decir que es:

- Una fe que lleva al pobre, en donde se encuentra Dios.
- Una fe que lleva a la acción: ¿qué puedo hacer por él?
- Una fe que lleva a una respuesta efectiva y organizada
- Una fe que lleva al encuentro de los distintos, suscitando generosas respuesta a favor de terceros.
- Una fe que irradia y toca a los otros.

2. Una fe que pone su mirada en Jesús, su vida, su mensaje y su proyecto de reinado de Dios.

Nos invita a asumir la vida de Jesús como modelo de vida para cada uno de nosotros, a verlo como el maestro que nos enseña un camino de vida, y a recorrerlo en toda su plenitud, asumiendo los riesgos que implique.

Una fe que integra, une y vincula; por eso, está integrada a la justicia, a la vida y a la cultura.

Una fe absolutamente relacionada con la vida de los pobres. Por una parte, nos capacita y dispone para descubrir en el rostro de los pobres el rostro de Dios, unas veces contento y otras veces clamando y consolando. Nos empuja a salir a su encuentro, a decidarnos a poner lo mejor de nosotros a su favor, sobre todo nuestro servicio y acción educativa; a confiar en ellos y apostar por su fortalecimiento y comprometernos de una manera total en hacer más humana sus vidas.

Una fe que choca y se indigna ante las injusticias. De ahí, la insistencia en develar esas injusticias, tanto fuera como dentro del mismo movimiento de Fe y Alegría y en nosotros mismos como personas. Esa misma fe nos anima a denunciar esas injusticias y buscar las maneras para promover la dignidad y la justicia social, donde todos tengamos unas

condiciones dignas y vivamos unas relaciones fraternas. Es lo que llamamos el Reinado de Dios.

Esa misma fe nos impulsa a ir haciendo de nuestro día a día un adelanto de lo que buscamos. De ahí, que nos preguntemos constantemente: ¿cómo son nuestras prácticas educativas?, ¿cómo está la calidad de nuestro quehacer?, ¿buscamos lo mejor o nos contentamos con lo primero que nos sale?

Es, pues, una fe que nos hace seguidores y colaboradores del sueño de Jesús: el Reino como una transformación de las personas y de las estructuras.

3. Una fe que mira al Padre.

Tenemos fe en un Dios mayor, que no se deja manipular, que quiere ser el centro de nuestra vida.

Un Dios Padre-Madre que ha creado el mundo para todos, sin discriminación, que quiere nuestro bien, nuestra felicidad y salvación. Un Dios Padre-Madre que nos comprende, perdona y espera porque él es bondadoso y muy misericordioso.

Un Padre-Madre que cuida de todos nosotros, que es fuerza y esperanza de los débiles, y que a todos nos hermana.

Es un Dios cercano, que se nos da gratuitamente, que está presente en muchos acontecimientos y en la vida de cada persona.

Es un Dios que nos “llama” a la vida plena, a la fraternidad. Y nos invita para que cada uno encontremos nuestro lugar. Él ya ha sembrado en nosotros la semilla de la plenitud. Nos corresponde a nosotros abonarla, crearle condiciones, despertarla y encaminarnos a su realización.

Es un Dios que se hace presente en Jesús. Es el Dios que viene a nosotros, a nuestra tierra, a nuestra casa, a nuestros centros, a nuestra historia. Es el amor de Dios hacia cada uno y cada una; es un amor fuerte, seguro, entrañable como el de un padre-madre, como el del mejor y más fiel amigo.

Es un Dios que confía en nosotros para la gran tarea de la liberación: a lo largo de toda la historia llama a personas concretas, les confía su voluntad y las acompaña. María es uno de los más grandes ejemplos: la llamó, confió en ella, nos la entregó como madre, modelo de fidelidad a la Palabra y al plan de Dios, y a través ella a su Hijo Jesús.

Por eso, nuestra fe es confianza en este Dios que nos ama gratuitamente, nos levanta del suelo y nos invita a caminar.

Es una fe que nos integra y nos reconoce, nos reconcilia, nos hace salir al encuentro y a la acción, sabiéndonos acompañados aun en las horas difíciles de nuestra historia.

4. Una fe que nos viene como gracia del Espíritu.

Una fe que se vive en el día a día de nuestro quehacer; en el modo como concebimos nuestro trabajo e identidad.

Así, pues, desde la fe, somos invitados a:

- vivir nuestra acción como una ocasión privilegiada para hacer visible el Reinado de Dios en el mundo. Por eso, queremos que nuestra educación sea una tarea de liberación, de formación de personas libres, desde la comunidad, con la comunidad y para la comunidad, una mediación adecuada y eficaz;
- vivir como auténticos servidores de la paz y la reconciliación;
- vivir el día a día con plus, con una mística, nuestra labor como una vocación;
- descubrir en la labor que realizamos un sentido para nuestra vida.

Una fe que nos pone en movimiento, nos lanza a vivir la historia, haciéndonos cargo de esta realidad y discerniendo, entre las diversas opciones, cuál es la que más nos conduce a transformar esa realidad.

Una fe que nos impulsa a creer en el otro, en el pobre, en la gente.

Una fe que nos invita a mirar, comprender, respetar y valorar lo distinto, sin la pretensión de creernos dueños de la verdad.

Lo que significa vivencia cristiana

Aunque ya está dicho en otras partes, consideramos necesario enfatizar la implicación personal de la vivencia cristiana: son necesarios los enunciados de la fe a nivel institucional; pero de nada sirven si no se produce una vivencia personal (individual-comunitaria). Son los afectos, los pensamientos, los sentimientos, los pensamientos y la voluntad de la persona concreta lo que entra en juego, lo que es tocado por esta experiencia. Nuestra espiritualidad es conocer, amar y seguir a Jesús, abiertos y disponibles al impulso del Espíritu; supone una experiencia que nos marque.

En nuestro caminar hemos constatado que:

- **El primer campo de evangelización es uno mismo**, pues para poder humanizar-evangelizar en la escuela, tengo que dejarme humanizar-evangelizar.
- Sólo dejándome **evangelizar, podré ser testimonio de Cristo que se irradia, a través de la vivencia y actos humanos muy concretos**". Esta dialéctica debe impregnar todo nuestro accionar educativo.
- Como **"evangelizadores desde la educación", debemos permanentemente ser evangelizados**, por toda esa realidad que vivimos, y mucho más por los empobrecidos. Porque se entiende que, sólo a partir de ello, podemos desafiar al futuro, "encendiendo otras muchas hogueras" desde ese espíritu que contagia y transforma vidas y realidades.

II. ¿Cuáles son los elementos de espiritualidad que sustentan esta convicción en Fe y Alegría?

1. El Dios que nos han anunciado, que hemos conocido y proclamamos:

- un Dios que está presente en la historia y, de una manera muy especial, en el pobre;
- un Dios alegre que nos llama a ser alegres;
- un Dios que quiere el bien universal, de todos;
- un Dios que no resuelve los problemas sino que es fuerza para que seamos capaces de resolver nuestros propios problemas;
- un Dios liberador, que llama a la educación y organización del pueblo para su liberación;
- un Dios que se revela en la naturaleza.

2. "El anuncio de la persona de Jesús de Nazaret", como verdadero Hombre y verdadero Dios, con una opción clara por el Reino y su justicia. Anuncio que deseamos asumir plenamente también como institución, en todo el proceso constructivo de nuestra labor educativa y comunicacional. Creemos en Jesús resucitado, vivo y presente en la comunidad y, sobre todo, en el que sufre.

3. El proyecto de Jesús que no es otro que el Reinado de Dios como una transformación de las personas y de las estructuras, con nuevas formas de ejercer el poder, con métodos que contribuyan a la humanización de nuestro mundo. Reino que genera y exige una serie de valores (solidaridad, misericordia, compasión, justicia fraterna, alegría) y una manera distinta de vivir la existencia y el trabajo diario.

Es un proyecto que presupone, junto a la vivencia cristiana personal, la dimensión comunitaria. El mensaje del Reino debiera ser el eje central de nuestra propuesta educativa y de transformación personal y social.

Fe y Alegría tiene puesto todo su ser, en ese horizonte de esperanza –una sociedad diferente– por lo cual, proclama, desde su labor educadora, que la persona humana no ha sido hecha para vivir en un mundo de odio, división y violencia

4. Opción por los pobres y excluidos

Desde ahí vivimos más plenamente nuestra fe y nuestro compromiso cristiano. Con ellos establecemos una alianza. Ellos nos reciben, nos abren las puertas de sus casas, confían en nosotros y nos enseñan una manera sencilla, alegre y profunda de vivir. Hacia ellos tenemos un amor desprendido. Si nos ponemos en sus zapatos, los comprenderemos mejor.

En ellos hemos encontrado al hermano, y son para muchas personas lugar de encuentro y de experiencia espiritual con Jesús.

Esta opción está enraizada en la complacencia de Dios en los pequeños: su decidida opción por sus vidas y su alegría en verlos crecer. De ahí, que servir y conocer a Dios es atender con el mayor cariño a sus hijos, especialmente a los más débiles.

5. La animación y el fortalecimiento de micro y macro comunidades, desde una experiencia de vida en común, desde un sentir, soñar, crecer y reflexionar juntos, con el propósito de testimoniar esa vivencia de las primeras comunidades cristianas, como evidencia de fraternidad distinta para el mundo: donde se ejerza el diálogo y el discernimiento, el respeto y la atención al otro.

6. La vivencia de una serie de actitudes y valores que Dios nos regala a través de la interrelación cotidiana con los otros, de la oración y encuentro personal con Él y desde el mismo quehacer diario. Estas son:

- El énfasis en lo comunitario y la solidaridad que nos lleva a privilegiar el trabajo en equipo. Reconocemos que la existencia de espacios de encuentros propiciados por la organización y la aceptación por parte de la comunidad local han sido de gran ayuda para esta vivencia. De esta manera hemos ido construyendo y compartiendo un sueño común: transformar la realidad y ser transformados nosotros también. Esa utopía mantiene viva la esperanza, aun en medio de las dificultades y ambigüedades de nuestra praxis y conducta.
- Aprender a hacer del quehacer diario una oportunidad de gozo, alegría y crecimiento personal, que no es otra cosa que comenzar a vivir la praxis como una misión desde la que nos realizamos personalmente.
- Cultivo de una sensibilidad que se manifiesta en el modo de acercarnos y conocer la realidad, de dejarnos interpelar por ella y mirarnos desde la relación con los otros. Responder a la complejidad de la realidad con respuesta integrales que vinculen a otros, sean personas, programas e instituciones.
- De ahí, la importancia del reconocimiento de lo distinto, del otro, de lo plural.
- Una manera de vivir la de que contagia y convoca y nos abre a la trascendencia y al sentido.
- El servicio que se expresa en el modo cómo realizamos nuestras responsabilidades, la manera de ejercer la autoridad y en el voluntariado.
- La preocupación por un “clima organizacional” que estimule la sinergia, dé sentido de pertenencia y haga aflorar lo mejor de cada uno.
- La vivencia de la justicia más allá de lo legal, buscando siempre la dignificación del otro.

III ¿Qué implicaciones se derivan de esa espiritualidad en nuestra manera de vivir la opción por los pobres, el compromiso evangelizador y el compromiso por la justicia?

1. Recuperar, explicitar y hasta simbolizar el *sentido de misión* que nuestra acción institucional y personal tiene, y que nos comprometa a:
 - un mayor sentido de misión: caer en cuenta de que estamos llamados, desde nuestro trabajo educativo-comunicacional, a ser testimonios en nuestra realidad y, al mismo tiempo, luchar por su transformación;
 - una mayor conciencia y sensibilidad de justicia, que nos conduzcan a un mayor compromiso social;
 - una mayor austeridad en el uso de los recursos de la institución;
 - una mayor coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos.
2. Fomentar la formación de todo el personal, teniendo presente lo siguiente: por una parte, formación política con un mayor análisis de realidad local, nacional, latinoamericana e internacional, de forma que los diferentes actores con quienes trabajamos se vayan comprometiendo cada vez más en la transformación social de nuestro país y de nuestra región; y, por otra parte, se aborden la dimensión humana y espiritual como prioridad en nuestro actuar educativo.
3. Fomentar la esperanza desde el trabajo cotidiano. Hoy, uno de los problemas más graves enfrentados por nuestros pueblos pobres es la desesperanza. Muchos de nosotros sentimos un cansancio en nuestras prácticas. Se nos apaga el amor primero y la mística. De ahí, la pertinencia de cultivar la esperanza en los distintos ambiente donde nos movemos.
4. Atención a las diversas culturas, entendiendo por tal “el estilo de vida común que caracteriza a los diversos pueblos”, lo que les da su identidad como grupo humano y que hace de nuestros países una pluralidad de culturas.
5. Retomar y reconstruir el estilo de persona que queremos desde esa atención, respecto y fomento de las diversas culturas. Un mayor diálogo constructivo entre nuestro ideario y la cultura de los pueblos que atendemos.
6. Profundizar otros elementos de la espiritualidad ignaciana que nos configuran, como la práctica de los EE en sus diversas variantes y las características de la pedagogía ignaciana.
7. Contar con de una propuesta de iniciación y profundización en la vida espiritual, que incluya:
 - una oración encarnada en la realidad que nos conduzca a vivir según la vida de Jesús, que ha optado por los pobres y los excluidos: oración como la vía de encuentro con Dios, diálogo libre y fraterno; y, desde ahí, caminar hacia una contemplación del mundo en admiración y en asombro;
 - una vivencia comunitaria de la fe, lo que supone la creación y atención de comunidades educativas vivas, ancladas en la realidad, que discernen los caminos a seguir en cada momento, mantienen unas relaciones fraternas y dialogantes;
 - una profundización en el discernimiento cristiano de nuestro quehacer, que se expresa no sólo en el servicio sino en el mejor servicio que podamos brindar con nuestra acción; ello hará posible que seamos personas en actitud atenta a las sugerencias del Espíritu de Jesús;
 - un proceso continuo de conversión personal;
 - acompañamiento personal;
 - un modelo de persona, inspirada por el Espíritu, que queremos construir; una persona con principios y convicciones profundas, inspirados en el evangelio, comprometida por el

Reino y que contagie a los demás el entusiasmo por este compromiso; una persona libre y liberadora, apasionada por la justicia y cuya opción preferencial sean los pobres;

- la vivencia de nuestro ideario como concreción de la llamada que Dios nos hace a cada uno de nosotros;
- el cultivo de una serie de actitudes y prácticas tales como:
 - el discernimiento;
 - el modo de afrontar la conflictividad en la vida corriente: la lógica de Bienaventuranzas nos enseña a ser felices en medio de la problemática;
 - la vocación de servicio y ayuda al prójimo;
 - capacidad de desprendimiento;
 - el amor como motor o fuerza estructurante que se manifiesta en el trabajo de aula y de la emisora;
 - la capacidad de observar, sentir, escuchar al otro.

Respecto a la opción por los pobres

Fundamentar esta opción de vida en una experiencia realmente espiritual, pues será de ahí de donde se deriva, engancha y adquiere consistencia.

Profundizar en lo que esta opción significa; sus implicaciones, el cómo vivirla, como presentarla. Lo que nos ha de llevar a aprender a entender el mundo de vida de los pobres, su manera de sobrellevar la cotidianidad, las respuestas que le dan a determinados eventos, la profundidad de su desprendimiento, la posibilidad permanente de conversión, la alegría de vivir, la solidaridad, la esperanza, pero también, la tristeza, la injusticia, el maltrato, la indiferencia y cómo hacerle frente junto con nuestro pueblo a todos esos dilemas.

Lo anterior indica que no hay que dar por su puesto que ya estamos y sabemos cómo es ese acercamiento. Por lo cual, necesitamos “ojos nuevos, mirada misericordiosa, simpática, cargada de cariño”. Ello supone un vuelco cuya magnitud quizá no imaginamos, pero que se sintetiza en aquello de “los pobres serán sus maestros...”. Es un camino que nos puede llevar a la conversión al Dios de los pobres...

Aquí se tendría que desarrollar un camino espiritual que nos lleve a experimentar y hacer verdad:

- la mediación del pobre para el encuentro con Jesús, quien nos lleva al Padre;
- la complacencia de Dios en los pequeños;
- la centralidad de los pobres en la misión de Jesús: su identificación personal con ellos y su atención y servicio es lo que valida la acción de todo cristiano (Mt 25,31ss); convirtiéndolos en destinatarios privilegiados de su misión (Lc 4,17ss); su escandalización se convierte en causa grave de reproche (Lc 17,2); su crecimiento y avance es fuente de su alegría (Lc 10,21-24);
- el encuentro como una privilegiada experiencia espiritual, de crecimiento y expansión humana.

Pero es un encontrarse con la **realidad toda del pobre**: Como todo seguidor de Jesús, Fe y Alegría está llamada a insertarse en la realidad del pobre, del necesitado. De aquí habría que trabajar diversos aspectos:

- una espiritualidad que parte de mirar de frente, de conocer, aceptar y actuar desde el pobre y transformar la realidad, y todo lo que eso implica;

- desde ahí, desarrollar lo relativo a la indignación ética ante esta realidad y los ojos nuevos para descubrir lo que Dios ya está creando: “Mira que realizo algo nuevo, ya está brotando ¿es que acaso no lo ven?” (Is 43,19);
- la utilización de las mediaciones necesarias y adecuadas para conocer, comprender y actuar sobre esa realidad, más allá de las buenas intenciones y pasiones;
- la interpelación que esa realidad provoca en la visión, creencia y puntos de vista de aquel que se acerca, tal y como también lo provocó en Jesús el encuentro con la mujer cananea (Mt 15,22-28);
- lo referido al disfrute del encuentro; no sólo nos interpela sino que nos produce una alegría, una expansión de nuestro mundo; nos lleva a descubrir nuevas cosas, nuevas personas;
- desde la opción por los pobres, necesitamos proponer y vivir el servicio, el diálogo y la acogida, sin afán de poder de ningún tipo (político, económico, social, religioso, etc.); asumir nuestra responsabilidad (sea laico/a, presbítero, religioso/a, obispo o Papa) como una vocación absoluta de servicio, con humildad, a los más pequeños y pequeñas de este mundo; priorizar la paz, la cultura del diálogo, la comprensión, el respeto y la tolerancia a la diversidad de opiniones en y con otras confesiones, religiones y colectivos de la sociedad; creer en el otro, en el pobre, en la gente donde no solo trabajamos para ellos, sino que con ellos construimos propuestas alternativas a la actual situación.

Respecto al compromiso evangelizador

Nuestro compromiso evangelizador nace y tiene su razón de ser porque hemos sido convocados. El Dios que nos amó primero, el Hijo que se encarnó y hace presente el Reinado de Dios en la tierra y el Espíritu que nos pone en su camino y suscita en nosotros una respuesta generosa nos convocan y encienden nuestros corazones con un fuego que nos empuja a salir, compartir lo que hemos recibido y comunicar a los otros esta gracia, esta alegría y este entusiasmo.

Este compromiso ha de expresarse en nuestras acciones y en nuestra respuesta humilde y decidida a la propuesta del mensaje de Jesús, haciéndolo Señor de nuestras vidas. El cómo hagamos las cosas, la manera en que nos relacionemos, la vida que llevemos serán señales de evangelización o su negación. De ahí, la necesidad de hacer de nuestra acción una fuente de espiritualidad. Queremos aprender a buscar, encontrar y vivir la presencia del Dios en la vida y en la labor educativa de cada día. Vivir la fe en la vida diaria.

Recordamos lo que anotábamos anteriormente: el proceso evangelizador comienza por nosotros mismos. Necesitamos ser evangelizados y convertirnos a la Buena Noticia de Jesús. Sólo así podremos ver a Fe y Alegría como un instrumento al servicio de la misión, lo cual tiene las siguientes repercusiones:

- Retomar y explicitar nuestra pertenencia a la Iglesia. Formamos parte del grupo de cristianos a los que Jesús llamó y envió a evangelizar. No somos islas ni francotiradores. Somos Iglesia y estamos llamados a construirla, hacerla más fraterna y solidaria, horizontal y participativa, inclusiva, convocadora, ecuménica, plural y centrada en su razón de ser: comunicar la Buena Noticia a los pecadores y pobres.
- Comprometernos a difundir la buena noticia de Jesús, de forma integral, desde la labor educativa-comunicacional y organizativa que venimos haciendo en nuestros países, y eso se entiende, como el intento permanente de ser “*evangelios vivientes*” en medio de nuestra sociedad actual.
- Comprender y ver este movimiento de educación popular como un espacio privilegiado para hacer visible el Reino de Dios en medio de este mundo, lo cual pasa por ir construyendo en el día a día esa utopía e irnos conformándonos nosotros mismos desde esos valores del reino.

No sólo estamos llamados a practicar y luchar por la justicia sino a ser justos; a proclamar la solidaridad sino a ser solidarios; a tener compasión sino a ser compasivos.

- Profundizar en la religiosidad popular, rescatando, viviendo y cultivando la gran riqueza espiritual que posee.

Respecto al compromiso por la justicia

Nosotros necesitamos convertirnos. Muchas de nuestras prácticas, procedimientos y tomas de decisiones son contrarias a la justicia del reino. Por eso, afirmamos con humildad que el compromiso por la justicia deberá convertirse en la premisa mayor de nuestra acción, ad intra y ad extra. Para ello, es necesario, junto al proceso de conversión personal e institucional, caminar, comprender, aprender y vivir la integración entre la fe y la justicia.

¿De qué manera sabremos si estamos caminando en esta dirección?

- En opciones cada vez más definidas a favor de las personas desfavorecidas de nuestro mundo;
- en la defensa, promoción, dignificación y humanización de la vida de toda persona como exigencia y criterio desde donde miremos y evaluemos nuestro quehacer;
- en un mayor compromiso en el trabajo educativo, personal y comunitario, donde reflejamos esos valores que dignifican nuestra condición humana;
- en un acercamiento real cada vez mayor a los pobres (analfabetos, desempleados, enfermos de sida, niños de la calle) sin miedo ni reparo alguno;
- en concebirnos como personas para los demás, buscando el crecimiento de los hermanos;
- constituyéndonos en una comunidad que construye la paz y el respeto, dialoga las diferencias, excluye todo tipo de violencia contraria a la vida y denuncia el mal y lo combate.
- en una valoración por igual a los géneros, propiciando la participación de la mujer y sus derechos.

Papel de trabajo preparado
por José Gregorio Terán, s.j.
Abril de 2003